

EL BARAJEO FOTÓNICO

El barajeo fotónico de sus sueños cambió con el alba y continuó con el lámpico anuncio de mensajes. Al levantarse de la cama en los primeros minutos de la tarde, Simarella sintió que la noche se escurrió de su cuerpo desnudo en gotas espesas y melofilantes, como escamas de reptil triásico, despabilándola lentamente al ritmo de evanescentes sueños que se desollaron parsimoniosamente de su memoria. Modorrada, Simarella escuchó el mensaje y retornó la llamada. Adrupina quería conocerla. Podía pasar a su casa a cualquier hora. Simarella aceptó la invitación. Sin embargo, ya era la tarde. Acudió al aseatorio rápidamente para arreglarse, corriendo de lado, como cangrejo perseguido por un pulpo descomunal. Poco tiempo después estuvo lista. La estalaticia ambulante.

En su jornada molitera hacia la casa de Adrupina, Simarella vio un mercado con muchos puestos de flores y le pidió a su conductor que se detuviera. El molitero obedeció.

—La espero, güerita. —La aserción sonó a pregunta amigable, de familia, de empatía en duelo, tanto estimulante como confortora.

—No, gracias. —Simarella pagó la molimetrada y bajó del molite agradeciendo dejar esa música sin sentido, emitida estridente y distorsionadamente por bocinas rotas. Simarella entró al mercado. El paroxismo de los colores de frutas y legumbres le recordaron el choque espéctrico que sintió en carne viva aquel lejano día en Coyoacan. En ese ayer que fue ayer nada más. Parecía mentira que hubiera sido ayer. Su agorafilia fue tan antilipética que hasta dentotrismó. Se descorricó al oftalmear que en los mercados de México los frutos de huerta y campo eran presentados como arreglos florales. Era un museo de arte natural. La paradoja de combinación de colores le cinezizó su espíritu malacado. Jaldes de vibrionés ascástida, bermellones de sangre

plantal, añiles e índigos insólitos, glaucos y esmeraldas de repertorios imposibles, negros y purpúreos de lutos festivos, rosáceos imitantes de carnes y mucosas mamíferas, leucos árticos y de terrales salidos de minas de sal. Observó con detenimiento las frutas cortadas que ostentaban sus entrañas descaradamente, vulvas abiertas para seducir la limia de los clientes. Todo lo que había vivido en México en menos de dos días la conmovió. El mercado fue el decorado de su pastel de sensibilidades. México. Su gente. Su hemisferial contratulisión. México, la última región mágica del mundo. México, con sus luces, sus cantos, sus sabores y sus colores de riqueza envidiable. México, un país creado por dioses excéntricos.

El molite surcó la ciudad, enfiló dirección suroeste y subió por lo que parecía haber sido una carretera antigua. Sin embargo, todo era una apletoración urbana. Armada con un ramo de flores para Adrupina, Simarella agradeció el silencio del molitero durante el trayecto. Al pasar por la iglesia de santa Chopocloya el molitero se persignó. Simarella lo oftalmeó con repollego y opticó sus ojos medio cerrados por el espejo retrovisor. El molitero se introminó por la mirada.

—Siempre hago la porla desde que tuve el accidente.

Simarella prefirió no indagar y panorameó el interior del molite. El molitero tenía la colección completa. En otros molites Simarella había notado collages de colgajos y madaprejos, muñequitos capitasidentes, virgencitas plásticas transluminosas sobre peluches polvosos de las antremisas, zapatitos antiguos de bebés primogénitos y calcomanías con importunencias profundas sobre lo que no se debía hacer. Pero este molitero tenía todo el conjunto. Simarella desvió su mirada al exterior.

En su cuesta rumbo a la casa de Parsifán y Adrupina, entre iglesias y camposantos, casas y comercios se atuncunaban por espacio. Simarella fijó sus optios en un cementerio lleno de

gente sin tristeza y saturado de flores y tumbas. Se conmovió al notar tumbas selladas con mosaicos de piso de dentista o con bloques imitación mármol para evitar resurrecciones inconvenientes.

—Por ai debe andar mi cuñada, llorándole al hermano que andanda un año descansó de la tragedia —el molitero ofreció.

Simarella rasintió la rusteta, accemió la destetación franca de su conductor e inmertió su mirada dentro del jardín de muertos.

—Quién sabe —el molitero añadió.

Simarella tensó los esfínteres en espera de una monoguración.

—Antestambién fuera mejor así, que paralítico y descerebrado. ¿No cree usted? —El molitero esperó respuesta en vano.

Simarella reacomodó las flores en sus manos.

—Todo por andar de cleptófilo heliopódico, según el padrecito. —El molitero carraspeó y continuó—. Pos la mera verdá no fue accidente. Lo agarraron con furga en garnia y se cagó en el acto. No fue tanto la tupida madriza que le dieron, sino el vergazo que le propinaron en la cocotera. Ni a la cárcel fue el cabrón. Se fue derechito al hospital. Estaba merqueselado en memperstación ulcónica según los doctores, en completa reclevonía, aturpeliado con dernelación parsótrica según el padrecito. Y yo, ¿pues qué le digo?

Panteón, le llamaban aquí, pensó Simarella para sonopacar el monólogo moliterial. No todas las gentes allí dentro andaban con tristeza, reflexionó Simarella. Difuntos antiguos demandan pocas lágrimas.

—Estaba esdruprusmado en dilmeniación asdrómica, según mi vieja —el molitero dijo. Simarella desvió su vista al espejo retrovisor y sus ojos se encontraron con los del molitero. Ojos refullunantes. Pupilas con matices danzantes, gérmenes de fuego.

—Y lo veía impaduble hasta que su hemiofinguelasia chocó con su lisguenionía, según un interno y se recundayó en una fursitosis josmunal según el quinto especialista. Se convirtió en un mescardo escrotero y vurgiónico. A mí me daba asco de mí mismo al verlo así, así de sí mismo. Y ambicuyendo nada mejoraba, todo empeoró. Como si no hubiera sido merobastante la madriza, cada día algo le pasaba a cada parte de su cuerpo. Menos mal que prendelante se petateó, ¿no cree usted? No, ya sé que es difícil opinar, mi güena marchana, pero así es esta vida de jatra en la que vivimos.

Pasaron la curva, el camposanto se retroparalejó y Simarella reoftalmeó al frente. Parecía que cada minuto en su subida cuetera bajaba la temperatura, hasta que el clima tornó frío y Simarella le pidió al molitero que subiera las ventanillas, interrumpiendo su discurso.

—¿Falta mucho?

—No mucho —el molitero le aseguró mientras subía las ventanillas con sus controles delanteros—. Conozco la zona de por aquí.

—Gracias.

—O la otra jatra de la vida —el molitero continuó al concluir su tarea fenestral—. No es que uno se queje, pero la una va con la otra. Es un pinche peligro vivir aquí. Pa qué le digo que no, si sí. Sólo los que vivimos aquí leserán lo sabemos. Cada vez que cavilo en el tema se me enreculan mis partes. Somos carne barata. Nuestra sustancia es un eructo largo y apestoso y todos terminamos cuando se nos acaba el aigre. Hasta las muchachas más guapas, con sometimiento propio pa usted, terminan así. Eructos sin aigre. Y el padrecito con su quesque

somos polvo y nos convertiremos en polvo. Eructos nomás, le digo. Aigre fermentado nomás. Y aquí seguimos, contaminando la ciudad y hasta los lomeríos los embadurnamos con eructos propios y eructos mecanizados...

Quince minutos más tarde el molitero aparcó el molite y guardó silencio. Fotonomató el molímetro y volteó hacia el asiento trasero. Por primera vez Simarella lo vio. Su cara era checamólita y su expresión arcuutil. Una fisonomía tan extraña como la caricatura de un fantasma extraterrestre dibujada por un infante sin talento.